



Diálogo cordial

En *Formando la conciencia para ser ciudadanos fieles*, los obispos católicos de los Estados Unidos instan a todas las personas a practicar el civismo, la caridad y la justicia en la vida pública (no. 60). En el siguiente ensayo, el cardenal Donald Wuerl, arzobispo de Washington, reflexiona sobre cómo los católicos pueden llevar a cabo este llamado al diálogo cordial.

Discurso cordial: Decir la verdad en el amor

Por el cardenal Donald Wuerl

El púlpito del predicador, el podio del político y los medios de comunicación impresos y electrónicos tienen cierta responsabilidad por fomentar un enfoque mucho más cordial, responsable y respetuoso del debate nacional y la discusión de las problemáticas en nuestro país el día de hoy.

Una sabia y antigua máxima católica ha insistido siempre en que debemos “odiar el pecado y amar al pecador”. En el centro de esta sabiduría consagrada radica el simple reconocimiento de que algunas cosas están mal y sin embargo aun así debemos distinguir entre lo que se hace y quién lo hace.

Cada vez más hay una tendencia a menospreciar el nombre y la reputación, el carácter y la vida de una persona porque sostiene una posición diferente. La identificación de algunas personas como “fanáticos” y “promotores de odio” simplemente porque sostienen una posición contraria a otros se ha vuelto desgraciadamente sumamente banal hoy en día. Localmente, hemos sido testigos de hiperboles retóricas que, creo, hace mucho que cruzaron la línea entre el discurso razonado y la demagogia irresponsable.

No debería ser aceptable denunciar a alguien que favorece una reforma inmigratoria que incluya el proceso de ciudadanía como “traidor” y “antipatriota”. Los representantes del gobierno federal y estatal que votaron contra el Programa de Becas para Oportunidades del Distrito de Columbia o contra créditos fiscales para escuelas católicas que eduquen a

niños de las minorías no deben ser etiquetados en los medios de comunicación como “fanáticos anticatólicos” o “racistas” porque la mayoría de estos niños sean afroestadounidenses. Las personas y organizaciones no deben ser denunciadas despectivamente como “homofóbicas” simplemente porque apoyan la definición tradicional, mundial y consagrada del matrimonio. Las palabras difamatorias hablan más sobre posturas políticas que sobre un discurso razonado.

¿Por qué es tan importante que respetemos tanto nuestro derecho constitucional a la libertad de expresión como nuestra obligación moral de no dar falso testimonio contra otro? Una razón profundamente básica es que no vivimos solos. Aunque cada uno de nosotros puede reclamar para sí una identidad única, estamos llamados, sin embargo, a vivir nuestra vida en relación con los demás, en alguna forma de comunidad.

Toda comunidad humana está arraigada en este profundo movimiento del plan creado por Dios dentro de nosotros que nos lleva a círculos de relación cada vez más amplios: primero con nuestros padres, luego con nuestra familia, la Iglesia y una variedad de experiencias comunales, educativas, económicas, culturales, sociales y, por supuesto, políticas. Somos de naturaleza social y tendemos a reunirnos para que en las distintas comunidades de las que somos parte podamos experimentar el desarrollo humano pleno. Todo esto es parte del plan de Dios iniciado en la creación y está reflejado en la ley natural que nos llama a vivir en comunidad.

¿Qué tiene que ver esto con bajar el tono de nuestra retórica? ¡Todo! Ninguna comunidad, humana o divina, política o religiosa, puede existir sin confianza. En el meollo de todas las relaciones humanas está la confianza en que los miembros se dicen la verdad unos a otros. Es por esta razón que Dios protegió explícitamente los lazos de la comunidad prohibiendo la falsedad como un grave ataque contra el espíritu humano. “No darás falso testimonio contra tu prójimo” (Ex 20:16). Manipular la verdad o, peor aún, pervertirla, es socavar los cimientos de la comunidad humana y comenzar a cortar los hilos que nos tejen formando una familia humana coherente.

El llamado a la veracidad está lejos de ser una negación de la libertad de expresión. Más bien, es una obligación dada por Dios de respetar la función misma de la expresión humana. No somos libres de decir lo que queramos sobre otro, sino sólo lo que es verdad. En la medida en que la libertad se utilice indebidamente para romper los lazos de confianza que nos unen como pueblo, en esa medida es irresponsable. El mandamiento que nos obliga a evitar el falso testimonio nos llama también a decir la verdad. Por lo tanto, tenemos la obligación de verificar que lo que decimos, escuchamos o leemos es realmente la verdad.

Alguien una vez describió al “chismoso” como una persona que nunca dirá una mentira si una media verdad hará igual de daño. Cuando escuchamos las noticias o leemos lo que se presenta en los medios de comunicación impresos y electrónicos, muy a menudo se nos recuerda que el seleccionar sólo algunos de los hechos, resaltando sólo partes del cuadro general, ha sustituido muy a menudo los esfuerzos por presentar los hechos, la historia completa. Todos sabemos los resultados trágicos de chismes contra los cuales hay poca o ninguna defensa. En una época de blogs, incluso las acusaciones más descabelladas pueden rápidamente convertirse en “hechos”. Los chismes son como una infección insidiosa que propaga la enfermedad por todo el cuerpo. Estas falsedades quedan sin respuesta porque las personas que son el objeto de la discusión no suelen estar presentes para defender a sí mismas, sus puntos de vista o sus acciones.

Irresponsables blogs, historias en los medios electrónicos e impresos y retórica que denigra gente en púlpitos y podios pueden compararse a muchas formas de violencia anónima. La información sesgada y el lenguaje extremista no deben ser adoptados como lo mejor que este país es capaz de lograr. Seleccionar sólo algunos hechos, escogiendo palabras incendiarias, presentar la historia de forma sesgada, son actividades que parecen mucho más dirigidas al logro de los fines políticos de alguien que a informar sobre eventos. Uno de los lados es descrito como “mentes inquisitivas que quieren saber” y el otro lado como “verbalmente abusivos en su respuesta”.

Debemos examinar cómo intervenimos en un debate y cómo vivimos nuestro compromiso de ser un pueblo de profundo respeto por la verdad y por nuestro derecho a expresar nuestros pensamientos, opiniones y posiciones,

siempre en el amor. Los que seguimos a Cristo no sólo debemos hablar con la verdad, sino que debemos hacerlo en el amor (Efesios 4:15). No es suficiente que sepamos o creamos que algo es verdad. Debemos manifestar esa verdad en la caridad con respeto a los demás para que los lazos entre nosotros puedan fortalecerse en la construcción del cuerpo de Cristo.

La libertad de expresión y el respeto a los demás, la libertad de palabra y la consideración por la verdad, siempre deben ir entrelazados. Esto debe ser así para todos, sea que hablen desde un púlpito o una plataforma política, o a través de los medios electrónicos e impresos y otros medios de comunicación social.

Reglas básicas del diálogo cordial

Todos estamos llamados a participar en el diálogo cordial. He aquí hay algunas posibles reglas básicas para el diálogo cordial:

1. Procure que todos tengan la oportunidad de hablar.
2. Comparta su experiencia personal, no la de otra persona.
3. Escuche atenta y respetuosamente. Hable cuidadosa y respetuosamente. No haga el papel de sabelotodo, de poder convencer o corregir. Recuerde que un diálogo no es un debate.
4. No interrumpa a menos que sea para aclarar o controlar el tiempo.
5. Acepte que ningún grupo o punto de vista tiene el monopolio absoluto de la verdad.
6. “Todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo, que a condenarla” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 2478, citando a S. Ignacio de Loyola).
7. Cuidese de atribuir motivos a otra persona.



Para descargar este y otros recursos útiles, ¡visite www.faithfulcitizenship.org!

Copyright © 2012, United States Conference of Catholic Bishops. Cardenal Donald Wuerl, “Civil Discourse: Speaking Truth in Love”, © 2011, Arquidiócesis de Washington. Utilizado con permiso. Todos los derechos reservados. Cita del *Catecismo de la Iglesia Católica*, segunda edición, copyright © 2000, Libreria Editrice Vaticana-United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. Utilizada con permiso. Todos los derechos reservados. Este texto puede reproducirse en su totalidad o en parte sin alteración para uso educativo sin fines de lucro, siempre que tales reimpressiones no se vendan y que incluyan este aviso.